

Volumen **II**

**Comprensión,
escucha y pertenencia.**
Ensayos sobre Heidegger
y Gadamer

CARLOS B. GUTIÉRREZ

Obras reunidas

Edición académica y compilación
Santiago Rey Salamanca



CARLOS B. GUTIÉRREZ

OBRAS REUNIDAS

Volumen II

Comprensión, escucha y pertenencia. Ensayos sobre
Heidegger y Gadamer

Para citar este libro: <http://dx.doi.org/10.7440/2017.59>

CARLOS B. GUTIÉRREZ

OBRAS REUNIDAS

Volumen II

Comprensión, escucha y pertenencia. Ensayos sobre
Heidegger y Gadamer

Universidad de los Andes
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Filosofía

Gutiérrez Alemán, Carlos Bernardo, 1938-
Obras reunidas / Carlos B. Gutiérrez. – Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de
Ciencias Sociales, Departamento de Filosofía, Ediciones Uniandes, 2017.
5 volúmenes: 14 x 21cm.

Contenido: volumen 2. Comprensión, escucha y pertenencia. Ensayos sobre Heidegger y
Gadamer

ISBN 978-958-774-507-8

1. Gutiérrez Alemán, Carlos Bernardo, 1938- – Colecciones de escritos 2. Hermenéutica I.
Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Ciencias Sociales. Departamento de Filo-
sofía II. Tít. III. Comprensión, escucha y pertenencia. Ensayos sobre Heidegger y Gadamer

CDD 121.686

SBUA

Volumen II. Primera edición: octubre del 2017

- © Carlos Bernardo Gutiérrez Alemán
- © Santiago Rey Salamanca (Edición académica y compilación)
- © Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Filosofía

Ediciones Uniandes
Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
infeduni@uniandes.edu.co

Publicaciones Facultad de Ciencias Sociales
Carrera 1.ª n.º 18A-12, Bloque G-GB, piso 6
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 339 49 49, ext. 5567
<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>
publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

Corrección de estilo: Íkaro Valderrama
Diagramación interior: Andrea Rincón
Diseño de cubierta: Magda Lorena Morales

ISBN Obra: 978-958-774-505-4
ISBN Obra *e-book*: 978-958-774-508-5
ISBN tomo II: 978-958-774-507-8
ISBN tomo II *e-book*: 978-958-774-510-8
<http://dx.doi.org/10.7440/2017.59>

Impresión:
Xpress Estudio gráfico y digital S.A.
Carrera 69 H n.º 77-40
Teléfono: 6020808
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación.
Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964.
Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia.
Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Un diálogo abierto: la filosofía hermenéutica de Carlos B. Gutiérrez · IX

Santiago Rey

Heidegger · 1

Hermenéutica de la facticidad · 3

Neokantismo y fenomenología en
el inicio de la filosofía de Heidegger (1977) · 4

El Aristóteles de la hermenéutica temprana
de Heidegger (2005) · 28

La hermenéutica temprana de
Heidegger (1998) · 41

El concepto de verdad en Heidegger.

Confrontación de la crítica de
Tugendhat (1983) · 64

Tras el giro de Heidegger · 87

Nietzsche según Heidegger y
viceversa (2000) · 88

Filosofía y poesía: vecindad como
cercanía y diferencia (1993) · 110

La pobreza de Heidegger (2014) · 126

Gadamer · 147

El comprender de Heidegger a Gadamer · 149

La urbanidad en la provincia
heideggeriana (1981) · 150

Del círculo al diálogo: el comprender de
Heidegger a Gadamer (2000) · 154

Heidegger y Gadamer: una relación
desacostumbrada (2015) · 178

La hermenéutica de Gadamer · 195

Palabras de saludo (1981) · 196

Verdad y método (1965) · 198

La filosofía hermenéutica de Gadamer (1980) · 204

Ética y hermenéutica (2000) · 213

Gadamer humanista (2004) · 233

Tradicón, la muy infame, y su rehabilitación
hermenéutica (2002) · 253

Ciento dos años de pertenencia (2002) · 274

Gadamer en diálogo · 291

Hegel interlocutor de Gadamer (1999) · 292

Gadamer y Nietzsche (2005) · 309

Gadamer, Nietzsche y Derrida: cercanías
y diferencias (2010) · 331

De Wittgenstein a Gadamer: la movilidad
dialógica de los juegos de lenguaje a
través de la historia (2012) · 353

Hacia una ontología de la finitud · 377

La ontología de la interpretación y del
acaecer de verdad (2011) · 378

El ánimo platónico de la hermenéutica
de Gadamer (2016) · 396

Índice · 415

Un diálogo abierto: la filosofía hermenéutica de Carlos B. Gutiérrez

El olor del café y el naranjal, el verde intenso de las montañas y el clima cálido le dieron la bienvenida al filósofo del diálogo y la comprensión. Venía invitado por Carlos B. a dictar una serie de conferencias en la Academia Colombiana de la Lengua, pero su primera parada, antes de hablar sobre Heidegger y otros asuntos de calibre filosófico, fue el municipio de Sasaima, ubicado a unos 80 kilómetros al noroeste de Bogotá. El viaje se justificó diciendo que Gadamer había solicitado expresamente una inmersión lingüística profunda, un curso intensivo de español con sus anfitriones en las montañas de Cundinamarca. Sacarlo de Sasaima fue lo más difícil. Estaba feliz. Quienes asistieron a esas jornadas filosóficas recuerdan la atmósfera serena y el espíritu cordial de Gadamer, su amable disposición ante las preguntas del público, ejemplo vivo de una filosofía que se construye a través del diálogo y el encuentro de horizontes divergentes.

Aquella vez dio dos charlas, el 24 y 25 de febrero de 1981, en el Paraninfo de la Academia Colombiana de la Lengua, lugar donde se sintió más que cómodo, recordando sus días como estudiante de filología a comienzos del siglo xx, ese primer viraje hacia el pasado y hacia los griegos que le abrió las vistas de una filosofía para el presente y el futuro. Se trataba de un momento particularmente excitante en la vida de Gadamer, una “segunda juventud” como lo relata su biógrafo Jean Grondin, pues ya liberado de las tareas administrativas y de la burocracia académica que lo ocuparon durante tantos años —primero en la Universidad de Leipzig, donde llegó a ser rector, y luego en la Universidad de Heidelberg—, ahora podía dedicarse a viajar por el mundo, dictando conferencias sobre los temas de su antojo y asistiendo

a numerosos agasajos en su nombre.¹ Entretanto, la filosofía hermenéutica se había consolidado como una de las corrientes dominantes de la filosofía europea, compartiendo tarima con la crítica de la ideología y el post-estructuralismo francés, y sirviendo como bastión de resistencia a la filosofía analítica que tras la Segunda Guerra Mundial se había enquistado en los departamentos de filosofía de Inglaterra y los Estados Unidos. Fue así como la comunidad filosófica colombiana tuvo el raro privilegio de escuchar a uno de los grandes protagonistas de la filosofía contemporánea, ese “testigo del siglo”, como lo llamó Emilio Lledó, que deleitó a sus oyentes con reflexiones sobre la relación entre la hermenéutica, la fenomenología, el existencialismo y la metafísica.

Lo que no podemos olvidar, sin embargo, es que tras semejante evento filosófico y cultural lo que había, en últimas, era el reencuentro de dos buenos amigos, la continuación de una conversación que venía de tiempo atrás y cuyos frutos recogemos en este segundo volumen de las *Obras reunidas*. El primer encuentro, inesperado y fortuito —como suelen ser los inicios de una amistad genuina—, se dio en 1962, cuando el joven Carlos B., con apenas 24 años, llegó a Heidelberg después de un breve pero muy estimulante paso por la New School for Social Research de Nueva York. En un bolsillo llevaba una carta de presentación para estudiar con Karl Löwith y en el otro la beca de la Fundación Rockefeller que había ganado por su sobresaliente y novedosa tesis de maestría sobre la relación entre la fenomenología de Husserl y el positivismo de Wittgenstein. En medio de los elegantes pasillos de la facultad de Historia y Filosofía, con sus imponentes cuadros de grandes figuras intelectuales y muebles oscuros de roble y nogal, un hombre alto y ligeramente encorvado se le acercó para preguntarle qué estaba buscando: “El despacho de Herr Löwith” respondió Carlos B., sin saber que con esas palabras estaba abriendo un diálogo y una amistad que marcarían su vida y su trayectoria filosófica.

1 Grondin, Jean. *Hans-Georg Gadamer. Una Biografía*. Herder: Barcelona, 2000.

El joven filósofo colombiano había llegado a una Alemania turbulenta y conmocionada, en la cual aún se sentían con fuerza las reverberaciones de la guerra, ardía la Guerra Fría y la República Federal se consolidaba a tropezones. En el terreno filosófico y académico la cosa no era menos movida: las protestas estudiantiles estaban a la vuelta de la esquina, el otrora “rey secreto de la filosofía alemana” volvía a entrar en escena después de su bochornoso *affaire* con el régimen nazi, mientras que la teoría crítica en manos del joven Habermas ganaba nuevo vigor y resonancia en medio de la incertidumbre social y política de aquellos días. Heidelberg, el idílico pueblo a orillas del Neckar, famoso por ser el hogar de una de las universidades más antiguas y prestigiosas de Europa, ofrecía un singular entorno para el joven filósofo colombiano; alejado de la conmoción de los grandes centros urbanos, estaba sin embargo en el epicentro de las reflexiones más vigentes del momento y en medio de los debates que determinaron el rumbo de la filosofía en la segunda mitad del siglo xx. Entre arbustos florecidos, jardines y las alegres callejuelas que tanto conmovieron a Hölderlin², el joven Carlos B. se sintió muy a gusto, caminando por la Hauptstrasse y escuchando el murmullo del agua desde el viejo puente de piedra. Su habitación, en las recién estrenadas residencias universitarias era modesta pero cómoda, con todo lo que un estudiante puede necesitar e incluso algunas cosas más, como por ejemplo, una gran sala de eventos, un teatro, y para rematar, un bar atendido por un joven africano que preparaba los mejores cocteles de todo Heidelberg. Allí pasaba sus días el joven estudiante colombiano mientras se ponía al día con la hermenéutica de Gadamer, cuyo magnum opus, *Verdad y método*, había aparecido tan solo dos años antes y poco a poco se iba posicionando como punto de referencia ineludible de la filosofía contemporánea.

Es así que por cuestiones del destino, Carlos B. terminó siendo testigo presencial del surgimiento de la filosofía hermenéutica durante los años sesenta, llegando a Heidelberg justo cuando empezaban a

2 Hölderlin, Friedrich. “Heidelberg”. *Odas*. Madrid: Hiperión, 2010, p. 71

aparecer los primeros debates en torno a ese nuevo clásico de la filosofía alemana. Primero fue el enfrentamiento crítico con Emilio Betti el que empezó a generar ondulaciones en el agua, abriendo un frente de discusión sobre el papel del método en la comprensión, debate en el que terminaron enredados pensadores tan insospechados como Karl Popper y su discípulo Hans Albert. Sin embargo, fue la confrontación con el joven Jürgen Habermás —quien había llegado a Heidelberg en octubre de 1961 por invitación del propio Gadamer—, la que convirtió esas tímidas ondulaciones de la primera recepción de *Verdad y método* en un verdadero tsunami, sacando a la hermenéutica de la academia e introduciéndola en el discurso público, justo en el momento en el que empezaba a calentarse el movimiento estudiantil y el progresismo se tomaba las calles. La de Gadamer y Habermas fue una confrontación conceptual siempre enmarcada en el respeto y la mutua admiración que sentía el uno por el otro, una amistad que no dejó de crecer y afianzarse desde que Gadamer —impresionado por la tesis doctoral de Habermas sobre Schelling y la discusión que suscitó entre Horkheimer y Adorno—, le consiguiera un puesto de profesor extraordinario antes de que concluyera su habilitación profesoral en 1962.³ No fue fácil, pues tuvo que dar la batalla y justificar su decisión ante un comité universitario que mostraba una clara preferencia por otro candidato que ya en esos días contaba con una fuerte reputación filosófica, el joven Karl-Otto Apel. Karl Löwith se inclinaba fuertemente por Apel, a quien consideraba un potencial aliado filosófico, alguien que encajaba mejor en el *ethos* del departamento y sus líneas de investigación. Gadamer, por el contrario, se sentía más a gusto con el *outsider* Habermas, alguien que podía cubrir los temas que nadie más trabajaba, incluso abriendo el panorama hacia la sociología y la teoría política, dos disciplinas que desde entonces han acompañado —a veces con éxito, otras no tanto—, sus reflexiones filosóficas. Lo cierto es que Gadamer convenció al comité, por lo cual Habermas y su familia se mudaron a la “ciudad sobre el

3 Grondin, J. Hans-Georg Gadamer. *Una biografía*, 401

Neckar” en el otoño de 1961, ocupando un pequeño apartamento en el distrito de Handschuhsheim. Su conferencia inaugural sobre la filosofía de la historia de Schelling y el materialismo de Marx despejó cualquier duda: Habermas era el indicado.

Habermas, por supuesto, no era la única figura de peso que por esos días acompañaba a Gadamer en Heidelberg. Como ya lo mencionábamos, Karl Löwith había aterrizado allí en 1952 después de tres estimulantes años en la New School for Social Research de Nueva York, y otros pensadores de la talla de Ernst Tugendhat, Dieter Henrich y Robert Spaemann también habían sido reclutados por Gadamer, convirtiendo a Heidelberg en “el centro filosófico de la República” como lo aseguró Habermas en un texto en homenaje a su viejo amigo y benefactor. El afortunado Carlos B., quien ya en Nueva York había aprendido de la mano de grandes como Dorion Cairns, Aron Gurwitsch, Werner Marx, Hans Jonas y Sidney Morgenbesser, ahora comenzaba una segunda fase de su formación filosófica, guiado por su nuevo maestro, Gadamer, y junto a un selecto grupo de estudiantes entre los que estaban varios de los pensadores más destacados de la siguiente generación, incluyendo a Konrad Kramer, Rüdiger Bubner, Friedrich Fulda y Gianni Vattimo. Inquieto por naturaleza, una de sus primeras osadías fue la de tomar el curso inaugural que Habermas dictó en Heidelberg sobre la teoría neokantiana de la ciencia, teniendo que hacer un monumental esfuerzo para “comprender conceptual y fonéticamente lo que discutían el joven talento y sus seguidores venidos de Frankfurt.”⁴ En efecto, el alemán que sabía lo había aprendido con una exuberante profesora de tenis en California, lujo que pudo darse gracias a su excelente desempeño en la New School y a la generosa beca Rockefeller que recibió por su tesis de maestría. Mientras practicaba su servicio y su revés, Carlos B. iba aprendiendo la conjugación de los verbos, los géneros y las declinaciones, sin ni siquiera sospechar la importancia

4 Gutiérrez, Carlos B. “Ciento dos años de pertenencia”, p. 274 del presente volumen.

que tendrían ambas habilidades, la lingüística y la deportiva, para su futura estancia en Alemania.

Durante aquellos primeros años Carlos B. se dio un verdadero festín filosófico, asistiendo a seminarios sobre la filosofía práctica de Aristóteles, los *Diálogos* de Platón, la *Crítica del juicio* de Kant, y algunos más exóticos sobre el neoplatonismo de Plotino y el humanismo renacentista de Nicolás de Cusa, dos autores que, como veremos más adelante, ocupan un lugar central en sus recientes reflexiones filosóficas. Su relación con Gadamer se estrechaba cada semestre y no pasó mucho tiempo antes de que el joven filósofo fuera invitado a hacer parte del “círculo de la casa” de Gadamer —o el “círculo de Aristóteles”, como también lo llamaban algunos de sus miembros—, un grupo de estudiantes que se reunía semanalmente en casa del maestro a discutir los grandes clásicos de la filosofía. Memorables fueron las lecturas que hicieron de los diálogos tardíos de Platón y la filosofía práctica de Aristóteles, dos de los pilares centrales de la filosofía hermenéutica y compañeros de viaje de Gadamer desde sus días como estudiante de licenciatura, a comienzos de los años veinte del siglo pasado. Hasta la publicación de *Verdad y método*, los griegos habían sido el objeto de casi todos los escritos de Gadamer, y su manejo del griego garantizaba que las reuniones del círculo de la casa fueran todo un acontecimiento en el que se entremezclaban la erudición, el diálogo, y la amistad.

Como si esto fuera poco, desde 1965 Carlos B. se convirtió en su compañero de dobles en el tenis, jugando cada quince días en la cancha de polvo de ladrillo de la universidad y luego compartiendo una buena comida y un par de copas de vino en una de las tabernas locales. ¿De qué hablaban? Carlos B. lo recuerda bien: filosofía, arte y tenis eran los asuntos más frecuentes, aunque como era de esperarse de un conversador tan curtido como Gadamer, no había tema vetado y con frecuencia terminaban hablando de Colombia y sobre la situación de la filosofía en América Latina. Podría decirse que el tenis y la tertulia eran dos manifestaciones del mismo juego, un ir y venir como el de las olas del mar, evento en el que ambos participaban y a menudo

se perdían, dejando correr el reloj hasta bien pasada la medianoche. Nunca se sintieron tan reales los versos de Rilke⁵ que Gadamer usó como epígrafe de *Verdad y método* como en esos diálogos en los cuales poco importaba quién tuviera la razón o de dónde vinieran las respuestas, pues lo determinante era abrir un espacio para que el asunto mismo (*Sache selbst*) se asomara entre las palabras y los gestos: pura hermenéutica en acción.

A estas alturas el lector se estará preguntando dónde entra Heidegger en toda esta historia, pues no es un secreto que Carlos B. ha dedicado un buen número de sus escritos a explorar el pensamiento del filósofo de Meßkirch, muchos de los cuales incluimos en este volumen. Lo cierto es que ya en la New School Carlos B. había tomado un curso sobre *Ser y tiempo*, ni más ni menos que con Werner Marx, y a pesar de que su tesis de maestría fue sobre Husserl y Wittgenstein, ya desde aquellos días empezó a sentir curiosidad por ese “rey oculto” de la filosofía alemana. Aunque para ser francos, de oculto ya no tenía nada, pues gracias precisamente a Gadamer y a Hannah Arendt, Heidegger fue saliendo del aislamiento en el que estaba sumido después de aquellos días ominosos como rector de la Universidad de Friburgo en 1934 cuando todavía soñaba con ser el “guía de guías” del Reich. De los numerosos discípulos y colegas de Heidegger en sus años como docente en las universidades de Marburgo y Friburgo —entre los que se destacaban grandes pensadores con nombre propio como Karl Jaspers,

5 “En tanto que no recojas sino lo que tú mismo arrojaste,
todo será no más que destreza y botín sin importancia;
sólo cuando de pronto te vuelvas receptor del balón
que te lanzó una compañera eterna,
a tu mitad, en impulso
exactamente conocido, en uno de esos arcos
de la gran arquitectura, del puente de Dios:
sólo entonces será el saber-recibir un poder,
no tuyo, de un mundo”.

Rilke, R. *Werke. Gedichte 1910 bis 1926*. Frankfurt am Main: Insel Verlag, 1996.

Karl Löwith, Hans Jonas, Leo Strauss y Herbert Marcuse—, solo Gadamer acudió en ayuda de su antiguo maestro, editando un volumen en su honor en 1950 y postulando su nombre para la Academia de las Ciencias de Heidelberg. Todos los años, alrededor de la misma fecha en febrero, Heidegger visitaba a Gadamer en Heidelberg y dirigía una de las sesiones del “círculo de Aristóteles”, por lo general escogiendo las horas de la mañana para ofrecer uno de sus famosos monólogos cargados de histrionismo y *pathos* religioso. Acostumbrados al estilo dialógico y ajeno al dramatismo de Gadamer, sus estudiantes, entre los que estaban Dieter Henrich, Konrad Cramer, Rüdiger Bubner y Ernst Tugendhat, no escondían su rechazo ante el filósofo de la Selva Negra. Carlos B., vale la pena decirlo, no era la excepción, y él también se destemplaba con la voz chillona de Heidegger y las preguntas magistrales que ninguno de los estudiantes —al menos en sano juicio—, se atrevía a responder. No fue entonces la persona de Heidegger la que impresionó a Carlos B. y lo llevó a escribir su tesis doctoral sobre la filosofía del valor y la crítica de Heidegger a dicho concepto⁶, sino la firme convicción de que, a pesar de sus extravagancias y desvíos políticos, su pensamiento era fundamental para entender la filosofía del siglo xx y el surgimiento de la tradición hermenéutica que Gadamer había sabido consumir con tanto éxito.

Carlos B. intercalaba la escritura de su tesis doctoral con la docencia, dictando un curso semestral sobre grandes figuras de la hermenéutica como Schleiermacher y Dilthey, algo que sin duda contribuyó a consolidar esa mirada amplia y generosa que distingue su trabajo filosófico y su particular aproximación a la hermenéutica. Descubrió con sorpresa que no solo le gustaba enseñar sino que lo hacía bien, ganándose en poco tiempo el cariño de los estudiantes y el respeto de sus colegas y de los directivos de la universidad. Para poder escribir con más tranquilidad decidió dejar su querida residencia universitaria,

6 Gutiérrez, Carlos B. *La crítica del concepto de valor en la filosofía de Heidegger*, en *Obras reunidas*, vol. 1. Bogotá: Universidad de los Andes, 2017. pp. 63-258.

en la que vivió por más de cinco años, y buscar un apartamento en una apacible calle de Handschuhsheim. Aunque la distancia del bullicio universitario y del *bartender* africano ayudaron un poco, Carlos B. pronto se dio cuenta de que una cosa era diseñar un proyecto de tesis y otra muy distinta escribirla, especialmente tratándose de un tema tan especializado como el que había elegido, el cual requería una precisión lingüística y un refinamiento conceptual que incluso sus colegas alemanes encontraban intimidantes. Fue un proceso arduo y sufrido, lleno de obstáculos y frustraciones que Carlos B. capoteaba pasando tiempo con sus amigos y embarcándose en uno que otro viaje por Europa y otros destinos más exóticos. De hecho, fue por esos días que se le ocurrió la idea de viajar hasta el lejano oriente por tierra, cruzando la antigua Unión Soviética en el famoso transiberiano y luego continuando su viaje en barco hasta Japón, en donde pasó tres semanas memorables conociendo templos y santuarios, probando manjares locales con nombres e ingredientes indescifrables, y arreglándose las como podía para orientarse y comunicarse con los mapas y guías que había traído de Alemania. A su regreso descubrió que la escritura de su tesis seguía siendo tortuosa, pero al menos ahora tenía un montón de buenas anécdotas para compartir con sus amigos y con su *Doktorvater*, quien se divertía con los cuentos de Carlos B. sobre las saunas japoneses y las ferias de pueblo con sus contorsionistas y *freaks*.

Con grado en mano y un container lleno de libros, Carlos B. regresa a Colombia en 1976, aterrizando directamente en la Universidad de los Andes por invitación de su fundador y amigo personal Mario Laserna, a quien había conocido en la Universidad Nacional y con quien compartía un amor por la filosofía alemana y el buen vino. La adaptación al nuevo ambiente fue rápida y sin traumatismos, en parte, quizás, porque Carlos B. nunca dudó que regresaría a Colombia y, además, el prospecto de difundir la hermenéutica en América Latina lo llenaba de ilusión. En la Universidad de los Andes contó con el apoyo y la amistad de Andrés Uribe Crane, rector entre 1975 y 1977 y también de Fernando Cepeda Ulloa, quien además había sido compañero suyo en



Carlos B. Gutiérrez y amigos. Heidelberg, 1972.

la Universidad Nacional. En el Departamento de Filosofía la recepción también fue cálida y sus colegas se aseguraron de que el recién llegado se sintiera como en casa, animándolo para que dictara los cursos que quisiera. Su elección, uno sobre Heidegger y otro sobre Wittgenstein, dos pensadores que lo han acompañado de cerca durante toda su trayectoria intelectual y que protagonizan varios de los escritos de sus *Obras reunidas*.

No pasó mucho tiempo antes de que pudiera sacar adelante el sueño de invitar a su maestro a Colombia, una tarea para nada sencilla, no solo por cuestiones de logística sino porque, entretanto, Gadamer se había convertido en una figura mundial con una agenda tan atiborrada como la de una estrella del rock. Convencerlo, sin embargo, no fue difícil. De hecho Gadamer sentía un especial afecto por Latinoamérica y recordaba vívidamente aquellos días de su primer viaje a Argentina, en 1949, cuando participó en el Congreso Internacional de Filosofía organizado en la Universidad Nacional de Cuyo y al cual asistieron sus buenos amigos Karl Löwith y Helmut Kuhn. Además, ¿qué mejor excusa para visitar a su querido discípulo y continuar ese diálogo que se entremezclaba con el juego?

Conmovido, Carlos B. presentó a su maestro esa tarde del 24 de febrero de 1981, hablando brevemente sobre su trayectoria intelectual y cerrando con una referencia personal a su propia experiencia junto al Néstor de la filosofía alemana. La filosofía hermenéutica, insistió, “es algo que sólo se puede hacer entre amigos. Permítanos acogerle como amigos.” El título de la conferencia, “Fenomenología, hermenéutica y la posibilidad de la metafísica”, era bastante directo. Gadamer no hablaba como académico o experto, hablaba como testigo, a la manera de un participante. Había estado allí, con Husserl, en su curso de 1921 sobre la Lógica trascendental, perplejo ante ese “relojero enloquecido” capaz de sumergirse en sus descripciones y en la lógica de su teoría como si el mundo no existiera —imperturbable, pero igualmente inaccesible y remoto—. Había sentido de primera mano la magia de Heidegger, su descomunal fuerza interpretativa capaz de resucitar a todas las momias

filosóficas del pasado y hacerlas hablar sobre los asuntos más apremiantes del presente. Asistir a sus clases era todo un espectáculo, más aún cuando su aspecto de ingeniero o experto técnico desafiaba las expectativas de los jóvenes estudiantes que llegaban en manada a Friburgo para confirmar el rumor sobre el joven genio de la filosofía alemana. La sorpresa era mayúscula cuando el pequeño y tosco profesor “exponía sus pensamientos desde el pupitre, preparados hasta el menor detalle y formulados minuciosa y vivamente en el momento de la exposición, levantando una y otra vez la mirada y dirigiéndola afuera a través de la ventana. Heidegger veía lo que pensaba, y lo hacía ver.”⁷ Casi 50 años más tarde, en Bogotá, Gadamer recordaba aquellos días, desde esa distancia y perspectiva que solo una longevidad proverbial como la suya puede ofrecer, ya sin las distracciones de modas pasajeras y el agobio del “qué dirán.” Como el magistral contador de historias que era, Gadamer llevó a sus oyentes de paseo por la filosofía del siglo xx, reconstruyendo un legado que también era el suyo: la transformación hermenéutica de la fenomenología y la promesa de una nueva metafísica de la finitud humana.

La segunda charla, un poco más extensa que la primera, reconstruía la relación de Heidegger con el existencialismo, dando nuevas pistas sobre esa metafísica de la condición humana que había encontrado su formulación inicial en *Ser y tiempo* y que ahora Gadamer proponía continuar en la dirección del diálogo y la alteridad. La conexión entre las dos conferencias era evidente, se trataba de una entrega más del diálogo ininterrumpido que Gadamer y Heidegger sostuvieron a través del tiempo y la distancia, una conversación que ni siquiera pudo detener la muerte de Heidegger en la primavera de 1976. ¿Cómo es eso posible? Carlos B. lo sabía bien, pues él reconoció en las palabras de su maestro una pregunta, un mensaje que se convirtió en tarea y movilizador de nuevas reflexiones. Gadamer respondía la pregunta de Heidegger y, al hacerlo, abría un nuevo campo de conversación con su querido estudiante colombiano, lanzándole de nuevo la pelota, como en aquellos

7 Gadamer, H-G. *Los caminos de Heidegger*. 29-30.

juegos de tenis tan queridos por ambos. ¡Qué idea tan inquietante esa de una metafísica hermenéutica de la condición humana! ¿Sería posible tal empresa filosófica? ¿Por dónde comenzar? La respuesta de Carlos B., como suele suceder en este tipo de conversaciones que requieren un largo tiempo de interiorización y pensamiento sereno, no fue inmediata, de hecho tuvieron que transcurrir 35 años para que devolviera la pelota, esta vez en una serie de ensayos y conferencias pronunciadas ante diversas audiencias desde el 2014. Esto no quiere decir que Carlos B. se mantuvo en silencio durante ese largo periodo, de hecho, si echamos un vistazo a su bibliografía podemos ver que a partir de los años ochenta sus publicaciones se disparan, así como los temas discutidos y el repertorio de interlocutores. Y sin embargo, secretamente, Carlos B. seguía dándole vueltas a la pregunta de aquella tarde de febrero de 1981, la cual se hizo más apremiante con la muerte de Gadamer en el 2003. Nunca perdieron el contacto, eso es verdad, y Carlos B. siguió visitando al maestro periódicamente, haciendo un esfuerzo por verlo al menos una vez al año. En aquellos encuentros, en los que nunca faltaba el vino (¡y en grandes cantidades!), Gadamer solía preguntar por el panorama filosófico en América Latina y el prospecto de una hermenéutica del sur. Asimismo, Carlos B. fue uno de los pocos invitados latinoamericanos a la celebración del centenario de Gadamer que se realizó el 11 de febrero de 2000 en el Aula Magna de la Ruprecht-Karl-Universität de Heidelberg. El evento duró dos días y contó con la presencia de los más importantes pensadores y hasta con un discurso del presidente de la República Federal Alemana.

Un encuentro hecho pregunta, invitando a una respuesta para la que Carlos B. venía preparándose desde hacía años, desde el momento mismo en que conoció a Gadamer y decidió dedicar su doctorado al estudio de la hermenéutica. ¿Qué se necesita para responder a una pregunta, para desenvolvernos en un diálogo o en un juego —¿no son la misma cosa?— con la naturalidad que caracteriza una buena amistad? En primer lugar, y por trivial que parezca, para responder hay que saber escuchar, lo que a su vez implica mucho más que simplemente oír o incluso entender lo

que se dice, como cuando seguimos las indicaciones que nos da un desconocido en la calle. La capacidad de una genuina respuesta presupone este nivel básico de comunicación pero jamás se agota en él. Como lo sabía Aristóteles, ese gran maestro de la hermenéutica, escuchar es una disposición del alma, una peculiar habilidad espiritual para la que no tenemos recetas o atajos. Si algo sabemos de ella es que es resultado del tiempo y de la experiencia, de eso que los alemanes llaman *Bildung* y que usualmente se traduce como “formación,” designando el proceso por medio del cual vamos aguzando una sensibilidad que amplifica y enriquece nuestra experiencia del mundo. ¿No es esta la misma *frónesis*, esa peculiar forma de *aísthesis* de la que Aristóteles habla en el libro VI de su *Ética a Nicómaco*? Sin duda alguna. Un joven puede ser astuto e incluso un prodigio de las matemáticas y la geometría, pero jamás un *frónimos*, ¿por qué?, porque el “ojo del alma” solo se abre para quien ha vivido, y vivir toma tiempo, más aún, solo se llega a esta especial sensibilidad a través de un camino que no está exento de dolor y sufrimiento, esos reveses continuos a los que la tradición de la filosofía alemana suele llamar *Erfahrung*. ¿A dónde nos lleva esta polifonía vertiginosa de conceptos hermenéuticos? ¿Estamos más cerca de la escucha como condición de posibilidad de todo genuino responder? Quizás. Tendríamos todavía que decir algunas cosas: por ejemplo, que la escucha es experiencia de alteridad, exposición y vulnerabilidad a la palabra del otro, la disposición para seguirlo por caminos que muchas veces nos parecen movedizos, peligrosos. Como la verdadera comprensión, la escucha es enemiga de la inmediatez y caprichosa en su relación con el tiempo: a menudo solo sentimos la fuerza de un interlocutor años después de escuchar sus palabras, experimentando esa extraña mezcla de nostalgia y sorpresa ante el repentino descubrimiento de algo que había estado ahí todo el tiempo, frente a nuestras narices, solo para iluminarnos ahora, en un instante, como el relámpago de Heráclito.

Para responder hay que estar listo. ¿Cómo se preparó Carlos B. para devolverle la pelota a Gadamer? Pues practicando, aprendiendo, fracasando, acertando... viviendo. El escrito filosófico, aún sin quererlo,

termina convertido en testimonio de vida, en registro de las etapas por las cuales su autor ha pasado, en ventana y radiografía de su ser más íntimo. Los textos presentados en este volumen, por supuesto, no son la excepción: el lector, ojalá con un ojo arqueológico bien entrenado, se deleitará con toda una suerte de curiosos artefactos: una ansiedad por aquí, una obsesión (¡o varias!) por allá, y más acá una ilusión. Ya en sus primeros escritos sobre Heidegger, publicados a finales de los años setenta, podemos detectar algunas líneas resonantes, inquietudes filosóficas que poco a poco empiezan a ganar peso en la obra de Carlos B., delimitando los contornos de una propuesta fresca y original. En medio de las reflexiones más áridas y especializadas —como por ejemplo su reconstrucción de la crítica al neokantismo de Baden y su filosofía de los valores por parte de Heidegger—, se abre paso una preocupación por la finitud humana en todas sus dimensiones, un rechazo a la metafísica de la evasión y su cansón sonsonete. ¡No más desvaloración de la experiencia en nombre de ideales vacíos! ¡De vuelta a las cosas mismas, a la vida en toda su complejidad y riqueza!, tal es el grito de guerra del joven Carlos B., quien ahora, contagiado por el *pathos* fenomenológico y la conciencia histórica de su maestro Gadamer, buscaba aplicar todo lo aprendido a su nueva realidad, de vuelta en la Sabana de Bogotá. Con su característica sensibilidad lingüística supo encontrar, entre las palabras de su cotidianidad, una expresión que captura bellamente esa condición vital que tanto le interesa, la de estar *zampados*. Para quien no este familiarizado con este pintoresco regionalismo latinoamericano, basta con saber que en Colombia se usa cuando algo o alguien está muy metido en algo, como cuando decimos “estoy zampado en este trancón y no alcanzo a llegar” —es una versión, podría decirse, del *Geworfenheit* heideggeriano—.

Que el lector no se deje engañar, los ensayos y conferencias incluidos en este segundo volumen de las *Obras reunidas*, tocan los temas más diversos, ofreciendo un completísimo panorama de la filosofía hermenéutica de los siglos veinte y veintiuno, una guía sin igual para todo aquel que esté interesado en tener acceso directo a una de las tradiciones filosóficas más influyentes y estimulantes. Los ensayos sobre Heidegger

reunidos en la primera parte dan cuenta de la enorme influencia que su pensamiento temprano —y en particular su novedosa lectura de Aristóteles—, tuvo en la llamada transformación hermenéutica de la fenomenología, ese giro definitivo de la filosofía de la conciencia y la percepción hacia un nuevo modelo anclado en la comprensión y la interpretación. Por supuesto, la filosofía tardía de Heidegger también está presente, especialmente en los dos ensayos que cierran la primera parte y en los cuales Carlos B. examina la relación entre el pensar y el poetizar, dos experiencias centrales para comprender el famoso giro (*Kehre*) de la filosofía heideggeriana y su posterior “urbanización” por parte de Gadamer. Alérgico a la puesta en escena heideggeriana, con su histrionismo exaltado, Carlos B. propone una lectura que gira alrededor de dos conceptos fuertemente arraigados en la condición humana: comprensión y pertenencia. Sin caer en los excesos de una lectura pragmatista como la ofrecida por Hubert Dreyfus y sus discípulos, Carlos B. resalta el vínculo entre comprensión y praxis que sirve como pivote central para toda hermenéutica posterior, el hecho de que para Heidegger todo comprender tenga que ver con ser capaces de algo, con el mundo en contextos de acción siempre cambiantes.

Entender de algo equivale a estar a la altura de algo, a estar en condiciones de arreglárselas con algo, aludiendo generalmente a una capacidad no sofisticada más bien a manera de un arte. Toda nuestra vida se entreteje con habilidades semejantes: es así como decimos que alguien entiende de la buena mesa, de baile, de política, de hombres o mujeres —según el caso—, y ¡hasta de filosofía!, sin que la persona en cuestión disponga de una formación teórica especial al respecto. El comprender visto así es menos una manera de conocer que un orientarnos por el mundo diario *andando en lo que andamos*. En el trasfondo de la acepción heideggeriana del comprender está el sentido de lo que en la teoría aristotélica de la acción logra el *nous praktikos*, complemento de la *orexis*.⁸

8 Gutiérrez, Carlos B. “El Aristóteles de la hermenéutica temprana de Heidegger”, p. 28 de la presente edición.

La comprensión es eso, un andar en lo que andamos, desenvolvimiento práctico y participación activa en medio de entramados de referencias significativas, constelaciones de sentido que surgen, se transforman y desaparecen al ritmo del devenir histórico. Este énfasis en la constitución práctica de la comprensión originaria se ve complementado por un cuidadoso análisis de nuestra condición de zampados, ese estar arrojados que Heidegger siempre asoció con la inercia arruinante de la caída (*die Verfallen*) y el chismorreo (*Gerede*). Carlos B. podrá tener sus dudas sobre “la venerable tradición del progreso” y los cantos de sirena de la modernidad ilustrada, pero está lejos de ser un pesimista, de hecho cada vez que puede rehúye la escatología heideggeriana, encontrando apoyo en Gadamer, su maestro, un optimista mesurado que jamás perdió su esperanza en el diálogo, el buen juicio y la razón práctica. Así, en su lectura de Heidegger, el fatalismo existencial del arrojamiento y la caída se convierte en la experiencia familiar de pertenencia a horizontes de sentido históricos y lingüísticos, tradiciones que nos envuelven y ofrecen un entorno de formación y libertad. Si Carlos B. sigue a Heidegger lo hace siempre desde una distancia prudente, sabiendo distinguir muy bien entre sus geniales atisbos y sus excentricidades, entre lo estrictamente filosófico y lo mesiánico, alerta para no caer en la descalificación de lo humano en nombre de vocaciones fantasmales del más allá. “*Mit Heidegger gegen Heidegger*”,⁹ podríamos decir, haciendo eco del famoso artículo del joven Habermas.

Comprensión y pertenencia, “andar en lo que andamos” y “estar zampados”: el corazón de una hermenéutica centrada en la finitud humana y en la elucidación filosófica de la alteridad. El distanciamiento crítico frente a Heidegger vuelve a sentirse fuertemente en esta constelación de preocupaciones filosóficas, precisamente en el vuelco hacia el otro que en gran medida define la obra de Carlos B. Andamos en lo

9 Habermas, J. “Mit Heidegger gegen Heidegger denken” en *Philosophische-politische Profile*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1984.

que andamos, sí, pero siempre en compañía de los otros; la alteridad, diría Carlos B., nos atraviesa de cabo a rabo. De aquí la necesidad de pasar “del círculo al diálogo” como reza el título de otro de los ensayos que incluimos en este volumen y que da cuenta de la insuficiencia de una noción de comprensión que deja por fuera a los otros, a ese amigo o ese completo desconocido que me obliga a salir de la burbuja de lo propio, ampliando el horizonte desde el que veo y siento el mundo a mi alrededor. Del círculo a la espiral, podríamos llamar también a esta sugestiva propuesta de Carlos B., una concepción que celebra el descentramiento al cual nos conduce la interpelación del otro, el único antídoto que tenemos contra la ceguera espiritual, el dogmatismo y el estancamiento. A menudo se asocia el comprender con la posesión firme y estable de cierta idea o creencia, una especie de adquisición cognitiva que nos permite acercarnos poco a poco a la verdad. Es frente a esta concepción de una comprensión atenazante, que agarra y no suelta, que Carlos B. presenta su hermenéutica del disenso y la vulnerabilidad, de la apertura y la exposición. La filosofía nos ha enseñado a blindar nuestras concepciones, a soñar con fortines impenetrables en donde nuestras ideas claras y distintas puedan estar a salvo de la contingencia y el tiempo. Ante estos anhelos de parálisis eterna lo que propone Carlos B. es prácticamente una herejía: desmontar la armadura racional que nos hemos construido y abrir una rendija por la que al menos pueda asomarse la luz de lo otro, la noticia de que hay mucho más allá afuera de lo que podemos capturar en nuestros sistemas de creencias más sofisticados. De lo que se trata es de hacer porosa a la razón, dejar de andar con el argumento en la punta de la lengua como si todo estuviera resuelto, buscar algo de espacio entre el apretuje de nuestros prejuicios y convicciones para así reconocer que no lo sabemos todo y que lo poco que sabemos está siempre a merced del tribunal de la experiencia. Si la filosofía tradicional nos compele a tensionar las fibras del intelecto para que nada se escape, Carlos B. nos pide relajarlas, soltarlas para que el otro deje de ser invisible y pueda ser escuchado. Esto fue lo que los pragmatistas clásicos llamaron falibilismo y lo

que la hermenéutica de cuño gadameriano llama apertura y escucha. De hecho, no sería un disparate decir que aquello que nos ofrece Carlos B. en sus numerosas reflexiones sobre la alteridad y la importancia del diálogo es una hermenéutica falibilista.

No es una tarea fácil la de admitir que no tenemos la razón y que podemos estar equivocados, incluso cuando más seguros nos sentimos de lo que sabemos o creemos saber. Humildad hermenéutica podría ser otra expresión para hablar de esta virtud que necesitamos cultivar, pues como sostiene Carlos B. en varios de los ensayos reunidos en este volumen, “hay que aprender siempre de nuevo, contra uno mismo, a estar equivocado, hay que aprender a perder en el juego de la comprensión.”¹⁰ ¡Qué extraña y sospechosa nos parece esta sugerencia! Tan acostumbrados estamos a la búsqueda de la certeza, como la llamó John Dewey en una famosa conferencia de 1929, que nos cuesta trabajo, o incluso nos resulta perversa, la sola insinuación de abrir las puertas de nuestros templos cognitivos para dejar entrar al forastero, al extraño.

Si algo caracteriza a nuestros tiempos es el acorazamiento de todo orden de sentido, el paradójico aislamiento al que nos ha llevado la expansión de las redes sociales y la pérdida de criterios epistémicos vinculantes. En la burbuja Facebook o en esa cloaca cósmica llamada Twitter, lo verdadero es aquello que determina el algoritmo de turno, ese que descifra aquello que supuestamente pensamos y sentimos para luego devolvernos una imagen de lo mismo —como el espejo de Blancanieves con sus elogios vacíos y repetitivos—, que sin embargo nos hacen sentir validados, aceptados y hasta amados, una orgía de dopamina cuantificada en “likes”. Gratificación y ratificación son dos caras de la misma moneda, un círculo vicioso del cual es muy difícil escapar; de hecho, toda la infraestructura digital conspira en su contra al facilitar el bloqueo instantáneo de lo que nos incomoda: un

10 Gutiérrez, Carlos B. “Del círculo al diálogo: el comprender de Heidegger a Gadamer”, p. 154 de la presente edición.

blindaje más. Charles Sanders Peirce dice en alguno de sus textos que la experiencia nos enseña a punta de bromas, casi siempre crueles, una afirmación que sin quererlo, armoniza bellamente con ese otro atisbo medular de la filosofía hermenéutica, el carácter trágico y transformador de toda experiencia. Si Peirce viviera hoy probablemente diría que hemos perdido el sentido del humor y con él la experiencia: ya nada nos sorprende, nos las hemos arreglado para cerrarle el paso a cualquier elemento que sacuda, así sea levemente, los mundillos “*on demand*” en los que estamos zampados. Nunca había sido tan urgente el llamado de Carlos B. para desmontar los blindajes que nos separan del mundo y de los otros, a “empinarnos un poco sobre la cerca de lo propio” y dejar que nuestro horizonte de comprensión se ensanche.

Frente a la “violencia del acogedor abrazo de la razón”, Carlos B. nos invita a imaginar una cultura del disenso y la celebración de las diferencias, un pluralismo que nada tiene que ver con el exotismo globalizado al que nos tienen acostumbrados la publicidad y esas mismas redes sociales que sin tregua ofrecen supuestas experiencias de alteridad seguras y confiables. Nada de riesgo ni hallazgos desagradables, eso sí, no vaya y sea que el encuentro con un extraño real, con creencias y convicciones que ponen en juego a las nuestras, nos amargue el día. Mejor recibimos nuestra dosis diaria de alteridad desde la sana distancia de una pantalla: una foto en Instagram de algún platillo exótico, una interacción fugaz con un “contacto” lejano, solidaridad virtual con una causa humanitaria internacional, etc. Hay quienes dicen que nunca habíamos estado tan expuestos a la alteridad y la diversidad como ahora, y quizás tengan razón, aclarando, eso sí, que el tipo de exposición a la que se refieren es semánticamente equivalente a aquella que damos a entender cuando decimos cosas como “estoy expuesto a la contaminación de Bogotá”. Una cosa es vivir rodeados de imágenes de los “otros” dentro de nuestro gueto virtual, y otra muy distinta dejarse interpelar por la alteridad real, una tarea práctica que no es tanto de exposición como de vulnerabilidad, un entrenamiento de la escucha y del alma para reconocer que a menudo “debo estar

dispuesto a dejar valer en mí algo contra mí, aunque no haya ningún otro que lo haga valer contra mí.”¹¹

Pero Carlos B. no se contenta con registrar este alarmante fenómeno del mundo actual, ni con ofrecer estrategias prácticas para superarlo; de hecho, su propuesta tiene una clara ambición filosófica que sale a relucir en sus ensayos y conferencias más recientes, aquellas en las cuales se arriesga a delinear los contornos de una metafísica de la finitud de la mano de los neoplatónicos y de su viejo amigo y maestro Gadamer. Es bien sabido que la tercera sección de *Verdad y método* es a la vez la más enigmática y sugestiva de todo el libro, un vertiginoso recorrido por la filosofía del lenguaje desde Platón hasta Wilhelm von Humboldt que desemboca en una reflexión sobre la movilidad de la comprensión y su relación con la metafísica de la luz. Si al lector todo esto le suena remoto, no se preocupe, Carlos B. se ha encargado de elucidar y desarrollar en nuevas direcciones las crípticas indicaciones de Gadamer sobre la ontología y la universalidad de la comprensión, metiéndose de lleno en las tradiciones que inspiraron a su maestro y retomando el diálogo que recibió un impulso decisivo esa tarde de febrero de 1981, cuando Gadamer pronunció su conferencia sobre la posibilidad de una metafísica hermenéutica en la Academia Colombiana de la Lengua. Habría que decir, antes que nada, que una metafísica de la finitud parece un completo disparate, pues la contingencia de todo comprender, el hecho de que “si comprendemos lo hacemos siempre de manera distinta,” nos remite directamente a la facticidad irreducible de la existencia humana, más allá de toda racionalización o inventario rutinario de rasgos genéricos. ¿Y es que acaso no anhela toda metafísica la regimentación del ser, atrapararlo en una red discursiva para que devele, así sea a la fuerza, todos sus secretos? Quizás aliviaríamos un poco la tensión si en vez de hablar de metafísica habláramos aquí de ontología, de la reflexión sobre un ser que es inseparable de su devenir

11 Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Ediciones Sígueme: Salamanca, 1979, p. 438.